

El color mas comun del pelo en los ciervos es el leonado; pero no dejan de verse con todo muchos ciervos pardos y otros rojos: los blancos son mucho mas raros, y entiendo que fueron domesticados, bien que de tiempos muy antiguos; pues Aristóteles y Plinio hablan de ciervos blancos, y parece que no eran mas comunes entonces que ahora. El color de las cuernas, igualmente que el del pelo, parece que depende en particular de la edad y de la naturaleza del animal, y en general de la impresion del aire, por quanto vemos que son mas blanquecinas y menos teñidas en los jóvenes que en los viejos: los de color leonado claro suelen tener pálidas las astas y mal teñidas; en los de color leonado vivo son ordinariamente rojas; y los pardos, señaladamente los de pelo negro encima del cuello, las tienen asimismo negras. Es verdad que las astas de todos estos animales son igualmente blancas con poca diferencia en su interior; pero difieren mucho no obstante unas de otras en solidez y en su textura mas ó menos compacta, de suerte que hay algunas muy esponjosas, y en las cuales se suelen hallar aun concavidades harto grandes. Esta diferencia en la textura es suficiente para que puedan colocarse de diverso modo, y no hay necesidad de recurrir á la savia de los árboles para producir efecto

semejante, ya que todos los días vemos el marfil mas blanco ponerse amarillo ó pardo en contacto del aire, sin embargo de ser materia mucho mas compacta, y menos porosa que la de las cuernas del ciervo.

La vista de este animal parece buena, su olfato esquisito, y excelente su oido. Cuando quiere escuchar levanta la cabeza, endereza las orejas, y entonces oye de muy lejos; cuando sale de un soto ó de algun otro paraje medio descubierto, se detiene á mirar á todos lados, y luego busca el paraje de donde viene el aire, para oler si hay alguien que pueda inquietarle. Su índole es bastante sencilla, y sin embargo es curioso y astuto: cuando le silban ó le llaman de lejos, se detiene al instante, mirando fijamente y con cierta especie de admiracion los carruajes, el ganado y los hombres; y si estos no llevan armas ni perros, continua andando tranquilamente, con orgullo y sin huir. Parece que oye con no menos sosiego que placer el caramillo y la zampoña de los pastores; y los monteros suelen valerse de este artificio para asegurarle. Por lo general teme mucho menos al hombre que á los perros, y no es desconfiado ni se vale de astucias sino á medida que ha sido mas ó menos inquietado. Come con lentitud eligiendo su alimento; y luego que ha pa-

cido, procura echarse descansadamente á fin de rumiar despacio; lo que al parecer no ejecuta con la facilidad que el buey, pues no puede hacer subir á la boca la yerba contenida en su primer estómago, sino por medio de una especie de sacudimiento y esfuerzo: acaso proviene esto de la longitud y la direccion del camino que debe seguir el alimento, porque el buey tiene el cuello corto y recto, y el ciervo lo tiene largo y arqueado; motivo por el cual es necesario mucho mas esfuerzo para hacer subir el alimento; y este esfuerzo se hace por una especie de hipo, cuyo movimiento se manifiesta á lo exterior, y dura en tanto que está rumiando el animal. Quanto mas viejo es, tanto es mas fuerte su voz, mas llena y mas temblona: la cierva la tiene mas delgada y débil, y no brama de amor, sino de miedo. El ciervo brama de un modo espantoso cuando está en calor, y se halla entonces tan enagenado, que de nada se espanta ni se inquieta, en términos que se le puede sorprender con la mayor facilidad, mientras que como está cargado de gordura, no puede resistir mucho tiempo á los perros; pero tambien es sumamente peligroso cuando se ve perdido y sin recurso, porque se arroja á ellos desesperado y con una especie de furor. Durante el invierno apenas bebe, y mucho menos aun en primavera

porque le basta en aquella sazón la yerba tierna y cargada de rocío; pero en los calores y sequedades del estío va á beber en los arroyos, en los charcos y en las fuentes, y está tan ardoroso en el tiempo de la brama, que busca agua por todas partes, no solo para apagar su sed abrasadora, sino tambien para bañarse y refrescarse el cuerpo. Nada perfectamente, y con mas ligereza entonces que en qualquier otro tiempo, á causa de la mucha gordura, cuyo volúmen es menos pesado que otro volúmen igual de agua: se les ha visto atravesar grandes rios, y aun se quiere suponer que llevados del olor de las ciervas, se arrojan al mar en el tiempo de la brama, y pasan de una isla á otra, aunque haya una distancia intermedia de muchas leguas. Todavía saltan con mas ligereza que nadan, por cuanto siendo perseguidos salvan con facilidad una valla ó una empalizada de siete pies de alto. Su alimento es diverso segun las distintas estaciones: en otoño, despues de la brama, buscan los renuevos de los arbustos verdes, las flores de la jara, las hojas de las zarzas, etc.; en invierno, cuando nieva, pelan los árboles y se sustentan de cortezas, de musgo etc., y cuando el tiempo es benigno, van á pacer en los trigos; á principios de la primavera buscan el hollejo del álamo negro, de los sauces y de los avella-

nos, y las flores y las yemas del cornejo ó cezezo silvestre, etc.; y en verano, aunque tienen de que escoger, prefieren el centeno á todos los demas granos, y el álamo negro á todas las demas maderas. La carne del cervato es buena de comer; la de la cierva, así como la de los estaqueros, no es absolutamente mala; pero la de los ciervos tiene siempre un gusto fuerte y desagradable: lo mas útil que tiene este animal son las cuernas, y la piel que se adoba y se hace de ella un cuero flexible y muy durable; y las cuernas tienen sus usos entre los cuchilleros, espaderos, etc.; y por medio de operaciones químicas se sacan de ellas espíritus alcalino-volátiles, de uso muy frecuente en la medicina.

Nadie ignora que la pupila del ojo de ciertos animales, como gatos, mochuelos, etc., se comprime ó estrecha cuando hay mucha luz, y se dilata en la oscuridad; pero no se habia observado igual fenómeno en los ojos del ciervo. Beccaria, sabio físico y célebre profesor en Pisa, me escribió en 28 de octubre de 1767 una carta cuyo extracto es el siguiente:

«Pasaba, dice, algunos ratos presentándole pan á un ciervo, encerrado en paraje oscuro, á fin de atraerle á la ventana, donde pudiese admirar despacio la figura rectangular y trasversal de sus pupilas, las cuales á una luz viva no tenían

mas de media línea de ancho y cerca de quince de largo. A una luz mas débil, se dilataban mas de línea y media, conservando siempre su figura rectangular; y pasando de la luz á las tinieblas, se ensanchaban cerca de cuatro líneas horizontalmente, sin perder nunca la referida figura. Estos hechos se pueden verificar con facilidad tapándole á un ciervo el ojo con la mano, pues al instante en que se le descubra, se verá la pupila ensanchada cerca de cuatro líneas.»

Esta observacion induce á presumir con fundamento al citado Beccaria que los demas animales del género de los ciervos tienen la misma facultad de dilatar y comprimir sus pupilas; pero lo mas notable aquí es que la pupila de los gatos, de los mochuelos y de otros varios animales se dilata y comprime verticalmente, en vez de que la del ciervo ejecuta uno y otro en línea horizontal.

A la historia del ciervo debo añadir un hecho que me comunicó el Marqués de Amezaña, sugeto de mucha instruccion y muy versado en la caza.

«Los ciervos, dice, desmogan en el mes de marzo, mas tarde ó mas temprano según su edad: las cuernas de los ciervos grandes han llegado á su total incremento hácia fines de

junio, y el animal siente en ellas una gran picazon, de suerte que empieza á estregarse contra los árboles para desprender la piel aterciopelada de que el asta y los candiles de las cuernas están cubiertos. A principios de agosto han adquirido ya estas la dureza que deben tener en el resto del año. El 17 de octubre, la montería de S. A. S. el Príncipe de Condé corrió un ciervo de diez candiles nuevo; y siendo aquella la estacion en que los ciervos están en brama, y por consiguiente mucho menos vigorosos, nos causó la mayor admiracion verle correr con gran ligereza, y obligarnos á seguirle hasta cerca de seis leguas del paraje de donde salió.

«Rendido el animal, vimos que sus cuernas estaban blancas y sanguinolentas, como hubieran debido estarlo en el tiempo en que estos animales se estregan contra los árboles, y llenas de colgajos y correas de la piel que se desprende de ellas. Tenian candiles sobre dagas y candiles, y desprovistas las astas de empalmadura. Todos los monteros que acudieron á la muerte de dicho ciervo se admiraron de este fenómeno, y mucho mas cuando se trató de sacarle los testículos, pues no se le encontró ninguno en el escroto, sino que abierto el cuerpo, se le hallaron en lo interior dos como del tamaño de avellanas; de donde inferimos clara-

mente que ni aquel año ni nunca habia entrado en brama. Nadie ignora que los ciervos están muy cargados de gordura durante los meses de junio, julio y agosto, y la pierden á mediados de setiembre, de suerte que solo les queda la carne; pero el ciervo de que tratamos la habia conservado enteramente, respecto de que no podia haber entrado en calor. Tambien le observamos otro defecto al quitarle los pies, á saber, que en el derecho le faltaba el hueso de enmedio, del cual no carecia el pie izquierdo, y era de media pulgada de largo, puntiagudo y del grueso de un mondadientes.

«Es constante que cuando se castra un ciervo despues de haber desmogado, no le vuelven á brotar las cuernas, y que las conserva siempre al contrario cuando se le castra teniéndolas en toda su perfeccion. Aquí vemos que unos órganos generatorios muy diminutos fueron suficientes para hacer que el animal de que estamos hablando mudase las cuernas; pero que la naturaleza habia sido muy tardia siempre en sus operaciones para la natural conformacion de este ciervo, por cuanto no hallamos ningun indicio de accidentes que pudiesen inducirnos á creer que el órden de la misma hubiese podido ser alterado; de suerte, que puede decirse con mucho fundamento que aquel retardo no pro-

venia en él sino de las pocas facultades de los órganos de la generacion, los cuales sin embargo habian sido suficientes para producir la caída y la reproduccion; supuesto que las coronas nos indicaban que habia tenido su cuerna de estaquero, de enodio, de diez candiles nuevo y de diez candiles, al tiempo en que le matamos.»

Esta observacion del Marqués de Amezaga prueba en nuestro concepto mucho mejor que todas las observaciones hechas anteriormente, que la caída y la reproduccion de las cuernas de los ciervos dependen totalmente de la presencia de los testiculos, y en parte de su estado mas ó menos completo; por cuanto, siendo imperfectos, por decirlo así, y escesivamente pequeños en el ciervo de que tratamos, resulta de ello que sus cuernas tardaban mucho mas en formarse, y se caian asimismo mucho mas tarde que en los demas animales de su especie.

En otra parte dimos una noticia bastante circunstanciada de cierta raza particular de ciervos, conocida con el nombre de *ciervo negro* ó ciervo de las *Ardenas*; pero ignorábamos al escribirla que hubiese otras variedades en aquella raza. El difunto Colinson me escribió que el rey de Inglaterra Jacobo I habia hecho llevar muchos ciervos negros, ó á lo menos de color

pardo muy oscuro, de diferentes paises, señaladamente de Holstein, de Dinamarca y de Noruega, haciéndome observar al mismo tiempo que estos ciervos son distintos del que he descrito.

«Las cuernas de estos animales, dice, son anchas y aplastadas en su estremidad superior, de la misma suerte que en los gamos, lo cual no se verifica en el ciervo de las Ardenas; y añade que el rey Jacobo habia hecho poner muchos en dos bosques cercanos á Lóndres, y enviado algunos á Escocia, de donde se habian esparcido á otros muchos parajes. Segun el mismo Colinson parecen negros en invierno y tienen el pelo erizado; pero su carne no es de tan buen sabor como la de los ciervos comunes (1).»

Pontoppidam dice hablando de los ciervos de Noruega «que no los hay sino en las diócesis de Berghen y Drontheim, esto es, en la parte occidental del reino, y que aquellos animales atraviesan á veces en manadas los canales que hay entre el continente y las islas cercanas á la costa, llevando la cabeza apoyada los unos

(1) Extracto de dos cartas de Colinson al Conde de Buffon, con fecha de 30 de diciembre de 1764, y 6 de febrero de 1765.

sobre las ancas de los otros, y cuando el caudillo de la fila se siente fatigado, se retira para descansar, y ocupa su puesto el mas vigoroso (1).»

No falta quien ha creído que se pudieran domesticar los ciervos de nuestros bosques si se les tratase con cuidado y blandura, bien asi como lo ejecutan los Lapones con los rengíferos. Con este motivo vamos á citar un ejemplo que puede servir de modelo. En otro tiempo no habia ciervos en la isla de Francia; pero los Portugueses la poblaron de estos animales, y los que hay actualmente son pequeños y de pelo mas gris que los de Europa, no obstante que son originarios de ellos. Cuando los Franceses se establecieron en la isla, los hallaron en grandísimo número; y habiendo muerto á muchos, se refugiaron los restantes á los sitios menos frecuentados. Se ha conseguido domesticarlos, y algunos moradores de la isla tienen manadas ó rebaños de estos animales (2).

En la Escuela de veterinaria hemos visto un ciervo que vino, segun nos dijeron, del cabo de Buena-Esperanza, cuya capa estaba sembrada

(1) *Historia natural de Noruega*, por Pontoppidam, *Diario extranjero*, junio de 1756.

(2) Nota comunicada al Conde de Buffon por el Vizconde de Querhoent.

de manchas blancas como las del axis; y le llamaban *ciervo-lechon*, respecto de que no tiene las formas ligeras de los demas animales de este género, mientras que sus piernas son mucho mas gruesas. Este animal tenia solamente tres pies, once pulgadas y tres líneas de largo desde la estremidad del hocico hasta el nacimiento de la cola; sus piernas eran cortas; los pies y los cascos muy pequeños; el pelo leonado, sembrado de manchas blancas; los ojos negros y bien rasgados, con pestañas largas y negras en los párpados superiores; las ventanas de la nariz negras, y desde ellas hasta los ángulos de la boca habia una faja negruzca; la cabeza era de color de la barriga de cierva, mezclada de gris, y blanca en la testera y á los lados de los ojos; y las orejas muy anchas, guarnecidas interiormente de pelo negro, y en lo exterior de pelo liso de color gris y leonado. Las cuernas de este ciervo tenian un pie, una pulgada y seis líneas de largo, y cerca de una pulgada de grueso; el lomo era mas oscuro que el resto del cuerpo; la cola leonada por la parte superior, y blanca por la inferior; y las piernas de color pardo oscuro.

Parece que este animal se aproxima mas á la especie del ciervo que á la del gamo, segun se puede colegir de la sola inspeccion de sus cuernas.

A los hechos que acabamos de referir debemos, á fin de completar la historia natural de estos animales, añadir otras particularidades interesantes que me ha comunicado el Conde de Mellin, gentil hombre de cámara de S. M. prusiana, quien además de estar adornado de mucha instruccion y de un discernimiento esquisito, se ha ocupado, como observador hábil y cazador infatigable, en estudiar todo lo concerniente á los animales silvestres del pais en que habita. He aquí lo que me ha escrito, relativamente al ciervo, con fecha del castillo de Anizow, cerca de Stettin, en 5 de noviembre de 1784:

«Dice V., señor conde, en su historia natural del ciervo, tomo XIV, pág. 425: *que la escasez de alimento retarda el incremento de las cuernas y disminuye su volumen de un modo muy notable: y acaso no seria tampoco imposible acortando mucho el alimento suprimir del todo esta produccion, sin recurrir al medio de castrar al animal.* Este caso ha llegado, y puedo asegurar á V. que su conjetura queda plenamente verificada. Una noche de luna del mes de enero fue muerto un ciervo en un jardin: el cazador que le disparó, lo tuvo por una cierva vieja,

por cuyo motivo quedó admirado al acercarse reconociendo que era un ciervo de bastante edad, pero sin cuernas; desde luego examinó los testículos, que se hallaban en buen estado; pero reconociendo la cabeza, notó que parte de la mandibula inferior habia sido destrozada mucho tiempo antes por una bala de fusil. La herida se habia curado, pero la consiguiente dificultad de comer habia privado al animal de toda sobreabundancia, é impedido absolutamente la produccion de las cuernas; por manera, que estaba sumamente flaco y no tenia mas que la piel y los huesos, y una vez caidas las cuernas, no le habia sido posible reproducir otras. Los rodetes nudosos ó coronas, que ni siquiera se levantaban en mogotes, se veian cubiertos simplemente de una piel aterciopelada, segun lo están en los primeros dias que el ciervo ha desmogado. Este hecho, tal vez único, es muy raro: acaeció cerca de la casa de campo en que habito, y se pudiera testificar jurídicamente en caso necesario.»

En otra carta posterior me comunicó el Conde de Mellin algunos esperimentos que habia practicado cortando las cuernas de los ciervos, por cuyo medio se les priva, como por la castracion, de la facultad de engendrar.

«Está claramente demostrado que los testícu-
TOMO IX.

los y la sobreadundancia de comida son la causa del incremento de las cuernas del ciervo y de todos los animales de astas; y que por consiguiente las cuernas son el *efecto*, y los testículos y la sobreadundancia la *causa*. Pero ¿quién hubiera imaginado que en el ciervo hubiese una reaccion del efecto á la causa, y que, si se le cortaban las cuernas luego que empiezan á salir de nuevo, esto es, antes de la brama, se destruirian en él los medios de reproducirse por aquel año? Nada hay mas cierto sin embargo, y yo me he convencido de ello por una observacion muy notable. En el año de 1782 hice encerrar en un parque de gamos, cercano á mi casa de campo, un ciervo y una cierva, ambos de igual edad, y perfectamente domesticados. Su estension es bastante considerable, y no obstante los gamos que hay en él, tiene tanto pasto, que el ciervo inmediatamente despues de habérsele caido las dagas, reprodujo (en 1782) unas cuernas de diez candiles con cinco cercetas en cada asta. No obstante, este ciervo se hizo dañino y peligroso para los que se paseaban en mi parque, y esto me obligó á hacerle aserrar las astas inmediatamente debajo del primer mógote. En otoño entró en calor, bramó fuertemente, cubrió á la hembra, y se comportó como un ciervo viejo, pero la cierva no concibió:

al año siguiente, de 1783, reprodujo el ciervo unas cuernas mas robustas que el año anterior, y se las hice aserrar igualmente; y aunque tambien entró en calor, sus cópulas tampoco fueron prolíficas. La cierva que nunca habia estado llena no habia entrado en el parque hasta despues de habérsele caido al ciervo las primeras dagas ó astas, que eran las únicas que yo no le habia hecho cortar. Al tercer año, de 1784, estaba el ciervo mas alto y robusto que el mas viejo de mi bosque, y se hallaba con unas cuernas de seis cercetas en cada asta, las cuales hice aserrar tambien; y sin embargo de haber entrado en brama, nada produjo. Esto me movió á dejarle sus astas al año siguiente de 1785, porque el estado de vigor en que él y la cierva se hallaban me hizo sospechar que acaso su esterilidad podia provenir de habérselas hecho cortar, y el efecto demostró que habia sido fundada mi conjetura; pues pasado el otoño advertí que la cierva sufrió pocos dias que el ciervo la cubriese. Efectivamente concibió, y en el presente año de 1786 me ha dado un cervatillo, que vive todavía, y se mantiene robusto y vigoroso; pero este mismo año he perdido la cierva durante la brama, por haberla hecho el ciervo una herida con uno de sus candiles, de que murió de allí á pocas semanas. »